



Don Fernando Amor y Mayor

En uno de los cementerios de Córdoba existe una sepultura, ya muy olvidada, que tiene una expresión melancólica diferente de las construcciones de su genero. Está constituida por una columna, rota casi en su base, y en ésta el nombre de la persona cuyos restos guarda.

Muchas veces he estado contemplando este singular panteón, y me inspiraba un interés creciente en proporción de las noticias que adquiría sobre él. Allí había terminado un drama amoroso, del que uno de sus protagonistas murió en lejanas tierras, cubierto de gloria científica y social, y seguramente recordando dulces alegrías gustadas en otros días de fogosa juventud.

Una de las circunstancias que contribuyeron a aumentar este interés, fué la lectura de un pequeño libro titulado: *Recuerdos de un viaje a Africa*, en el que su autor demuestra muy a las claras ser un espíritu distinguido, además de entusiasta decidido por las ciencias naturales.

En este libro refiere sus excursiones por las tierras de Tánger y de Tetuán; las plantas que llamaron su atención, los animales que observó en sus íntimas costumbres; los insectos que recogió para sus colecciones, y sus relaciones con los sabios naturalistas a quien halló en las relaciones sociales a que se prestaba su carácter amable.

Pero no se adivina solamente en el relato a que aludo sus condiciones de sabio e investigador naturalista, sino que se vé también al hombre distinguido y galante que sabe corresponder a las atenciones de que es objeto, y en la prolija descripción de las prendas que usan los judíos, y en la pintura que hace de su belleza, se comprende fácilmente su galantería y sus inclinaciones, de las que dejó en Córdoba muchos y expresivos recuerdos.

El personaje a que vengo aludiendo se llamaba don Fernando Amor; mi vida no ha coincidido con la suya, pero he tratado con intimidad a personas dignas de fe que lo conocieron y trataron, y a los que he oído referir las particularidades de su carácter.

La actividad y la flexibilidad de su genio le permitían concurrir asiduamente a reuniones y saraos, donde hacía preponderante papel a desempeñar cumplidamente su cátedra, a formar el actual gabinete de Historia Natural en el Instituto, a hacer los preparativos para otro que organizaba el Marqués de Cabriñana, a emitir informes a las Corporaciones Municipal y Provincial, y a pesar de todas estas tareas, cuentan que era curioso verlo en tiempo oportuno, con su manga al hombro para coger mariposas, y los instrumentos de autómogo en el bolsillo, subir a pie a nuestra sierra en busca de insectos y otros animales que atraían su curiosidad.

El conocimiento de estos y otros pormenores, unido a mi deseo de dar a conocer a algunas de las personas que han sobresalido en Córdoba y tan injustamente olvidadas, me indujeron a escribir un estudio biográfico de don Fernando Amor. Buscando datos y noticias para mi trabajo, he hallado la siguiente biografía contenida en un libro titulado *Historia de la Comisión Científica del Pacífico*, escrita por el P. Agustín F. Barreizo. Lo acabado y completo de este estudio y el convencimiento que adquirí por su lectura, de que no podría hacer otra cosa que repetir, con iguales o parecidas palabras, el contenido de esa prólija labor, me han hecho que la reproduzca por completo, contando con la venia de su amable y sabio autor. Dice así:

«He aquí otra víctima del olvido y de la incuria. Medio siglo, largo de talle, ha transcurrido ya desde el fallecimiento de este mártir de la Ciencia, sin que hasta la fecha se le haya dedicado ni el homenaje más sencillo ni el recuerdo más modesto. Sólo su retrato, conservado en el Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid, nos trae a la memoria sus méritos y servicios, viajes por tierras americanas y el triste fin de sus días allá en la gran ciudad de San Francisco de California. A subsanar tan lamentable injusticia tienden estas líneas que ahora le consagramos, como tributo de gratitud, aunque pobre y de poca valía.

Don Fernando Amor era hijo de Madrid, donde nació en 1820. Hizo sus estudios en la Universidad Central, cursando Ciencias y Farmacia, recibiendo en 1840 el título de Bachiller en Ciencias y Farmacia, recibiendo en 1840 el título de Bachiller en Ciencias Exactas, Físicas y Naturales.

El 45 se doctoró en Farmacia, y un año después fué Catedrático interino del Instituto de Cuenca.

El 47 pasó al Instituto de Córdoba con el mismo carácter de interino, y el 51 fué ya nombrado en propiedad; confiándosele además de su asig-

natura, las de Física y Química. Carecía dicho centro de gabinete de Historia Natural, y el nuevo Profesor recibió el encargo de formarlo, cumpliendo a satisfacción su cometido, mediante el sistema de cambios.

Poco tiempo después, la Junta de Agricultura le dió el encargo de dirigir la destrucción de la langosta que alcanzó gran desarrollo por entonces.

En 1849 giró una visita de inspección a este Instituto, el Rector de la Universidad de Sevilla don Santiago Fernández Negrete, quien escribió acerca de aquel Catedrático, el siguiente informe: «Don Fernando Amor y Mayor, soltero, natural de Madrid, de 30 años de edad, es joven celoso, lento, aplicado, aficionado al estudio de las Ciencias Naturales, en las que hace notables progresos. Es de buena presencia, de maneras finas, querido en la población, apreciado de sus discípulos e indudablemente uno de los mejores Catedráticos del Instituto de Córdoba».

Por esta época entra don Fernando en un período de gran actividad científica, sosteniendo relaciones con los entomólogos franceses Tarnier de Marseul, y especialmente con sus antiguos Profesores Graells y Pérez de Arcas. A éste se dirige el 20 de Agosto del 53, en la forma siguiente: «Querido amigo, hace pocos días tuve carta de Mr. Tarnier, quien me dice haber pasado a Córdoba si un accidente funesto no se lo hubiese impedido... La carta que me escribe tiene por objeto ofrecerme sus relaciones científicas y verificar cambios. Enseguida le contesté aceptándolas y enviándome para verificar las segundas...»

He estado arreglando el catálogo de las especies de coleópteros para enviártelo a Mr. de Marseull, y resultan 430 especies determinadas, 400 por determinar, a las que hay que añadir las que D. Mariano tiene, de las que no conservo ejemplares, y las nuevamente adquiridas en esta campaña.

En lo que he trabajado mucho ha sido en plantas; las tenía un poco abandonadas, pero he dedicado a ellas todo el año. He hecho subir el número de fanerógamas a más de mil, algunas magníficas...»

Un año después (5 de Enero del 54), escribe de nuevo al señor Pérez de Arcas en esta forma: «Mi querido amigo: Ayer recibí la colección de Tarnier; estoy preparando su envío y el de V., que no será tan grande como yo quisiera, pues me es preciso corresponder a dicho señor por lo que

Don Fernando siguió con la misma constancia sus trabajos y su correspondencia científica, tanto con los españoles como con los franceses Fairmaire, Chevrolat y otros, durante los años siguientes hasta 1862.

El año 58 preparó además colecciones de maderas acometidas por insectos, para la Escuela de Montes, Universidad de Sevilla, Instituto de Córdoba, etc.

Estos trabajos no fueron obstáculo para el cabal desempeño de otras comisiones que le confiaron diversas entidades oficiales. En 1849 fué nombrado miembro de la Comisión provincial, para informar al Gobierno de su majestad sobre las pesas y medidas de la provincia. En 1850, individuo de la Comisión encargada de promover la concurrencia a la Exposición Universal de Londres; un año después, representante de la Junta de Agricultura de la provincia de Córdoba, para informar sobre el resultado de un ensayo de navegación por el Guadalquivir por un nuevo sistema de balsas, para la conducción de trigos, aceites y otros productos agrícolas. En este mismo año recibió del Alcalde Corregidor de Córdoba, el encargo de practicar los análisis de artículos sospechosos.

En 1854, es nombrado vocal de la Comisión encargada de promover la concurrencia a la Exposición Universal de París, y algunos meses después, la Diputación y la Junta de Agricultura provinciales, eligenle para representante suyo en la citada exposición, con el fin de que estudie allí los progresos agrícolas.

La Diputación le da las gracias con fecha posterior, por el buen desempeño de su cometido, y le encarga la formación de la correspondiente Memoria que había de imprimirse a expensas de la misma Diputación.

Como acabamos de ver, don Fernando Amor era por estas fechas persona de nombradía y prestigio justamente adquiridos, y de aquí el interés con que muchas corporaciones científicas le llamaron a su seno.

El 47 fué elegido Socio Corresponsal de la Academia Escolapia; el 52 le invita el Comité de Candidaturas de la Academia Nacional Agrícola, Manufacturera y Comercial de París, a pertenecer al número de sus miembros; el 53 recibe el nombramiento de individuo de la Sociedad Entomológica de Francia; el 54 el de miembro de la Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba y el 56 idéntico título del Círculo Científico y Literario de Málaga. También mereció una medalla en la Exposición Universal de Londres del año 1851, por la colección de minerales de la provincia de Córdoba, que mandó allí, e idéntico galardón en la de París del 55 por la de insectos que atacan al arbolado. Con este motivo

redactó un trabajo de positivo valor, titulado «Estudios sobre la Agricultura en sus varias aplicaciones, hecho en la Exposición Universal de París» (1).

El 57 tuvo lugar en Madrid la Exposición Agrícola Española, y donde no sólo promovió la concurrencia a ella, sino que también presentó en la misma una colección forestal muy completa de la provincia de Córdoba, ostentando además la representación de ésta.

Fué también individuo de la Comisión nombrada con objeto de redactar las bases para el reglamento de la Escuela de Agricultores, que según Real Orden debía establecerse en Córdoba.

En 1859 hizo un viaje a Marruecos, que duró desde el 19 de Julio al 7 de Agosto. Estuvo en Tánger y en Tetuán, y llevó a cabo numerosas excursiones a diferentes localidades, recogiendo curiosos e interesantes datos acerca de las costumbres de moros y judíos, aparte del material botánico y zoológico abundante y selecto. Al regresar dió sus impresiones a la estampa, primero en el periódico «Andalucía», y después en un libro ameno y atractivo por la viveza y el gracejo de su estilo (2).

El año 1862 fué trasladado al Instituto de Valladolid; tomó posesión de la cátedra hacia el 20 de Mayo, y cuatro días después, recibía carta del señor Pérez Arcas, invitándole a formar parte de la Comisión del Pacífico. No vaciló un momento don Fernando: esta empresa era, en primer lugar, muy adecuada a sus entusiasmos de naturalista y a sus aficiones de explorador, y le proporcionaba, por otro lado, un recurso insustituible para salvar ciertos compromisos a que le había conducido su exaltado romanticismo. «Estoy pronto a marchar, contestó él, suceda lo que suceda en Córdoba». En efecto, dos meses después embarcaba en la fragata «Nuestra Señora del Triunfo», para aquel viaje, del cual no había de volver...

Quedan ya consignados en esta historia los principales episodios que tuvieron lugar en la navegación desde Cádiz hasta el Brasil. Al llegar los expedicionarios a la Isla de Desterro, Amor escribe a Pérez Arcas la siguiente carta con fecha 17 de Noviembre del 62. «Mi querido Laureano. Aquí nos tienes a Paz, Martínez, Espada y a mí, que venimos a pasar quince días por consejo de inteligentes, porque esperábamos que ésto produciría más que Río Janeiro, y sobre todo más que Montevideo, donde ahora debíamos estar. Pero, amigo, también nos hemos llevado chasco. In-

(1) Un vol. en folio menor publicado por la Diputación Provincial de Córdoba.—1856.

(2) Recuerdos de un viaje a Marruecos.—Sevilla.—1859.—Un volumen en 4.º de 115 páginas.

sectos apenas se encuentran por la mala estación, pues aquí, contra lo que creíamos, hay su invierno, que es el que ahora está acabando.

Moluscos tan pocos, que hay días en que Paz y Martínez se vienen sin uno, y lo poco que encuentran insignificante. Esto es una pena, Laureano; es un viaje magnífico como viaje, pero que nos aflige como Naturalistas. Nos matamos a trabajar, *algunos*, y todo lo que hacemos es nada. Las cosas se necesita verlas para saber lo que pasa; cada día nos convenemos más. El reino vegetal magnífico; es lo único que produce en esta estación. Mariposas, algunas, pero las grandes y magníficas vuelan como águilas, se meten en la arboleda impenetrable y si logras alguna saliendo hecho un San Lázaro, te las hallas en la manga con las alas destrozadas. Así se explica que los colectores de Río y Bahía, no las adquieran más que de larvas.

Esto, y unido a ello los disgustillos interiores de la Comisión, acibarán continuamente la ilusión y alegría, de viaje tan magnífico.

Yo, además de mis insectos y rocas (estas formarán una serie no interrumpida de todos los terrenos que pisamos y es de lo que estoy satisfecho), me ocupo de un *diario extensísimo* para que sirva de base al *viaje pintoresco*, lo cual me hace no dormir ninguna noche más de *tres horas*.

El General me rogó fuera el que mandase la crónica a los periódicos de esa y tuve que darle gusto.

Ya he remitido a «La España» (que es el periódico que él quiere), dos cartas, una desde Cabo Verde y otra desde Bahía, pero ni una ni otra han venido insertas (1), atribuyéndolo a que no habiendo sido franqueadas, no las hayan querido recibir. Así, pues, te remito la tercera, primero para que corrijas si tiene algún defecto, pues ha sido escrita de batalla y en tres horas; segundo para que, si prefieres la inserte nuestro amigo Cuenca u otro amigo tuyo, lo hagas a tu gusto. En cualquier caso, necesito que se remita un número al Emperador del Brasil, dirigiéndola al Ministerio de Estado en Río Janeiro; otro al Ministro residente español en la misma capital; otro al General Pinzón; otro a mi cuñado don Isidro Ruiz Dana, en Córdoba; otro a Matilde Merás, en ídem, y otro al Rector de la Universidad de Valladolid. Paz y Martínez te escriben, por lo mismo yo no me extiendo más en algunas cosas.

Yo sabrás que hasta ahora nadie hemos recibido carta de España, sin duda por la falta de franqueo, así, pues te ruego me escribas repitiéndome todo lo interesante que antes me hayas dicho...

(1) Lo fueron con fecha posterior y constan, de consiguiente, en el citado periódico.

La colección de aves ha sido comprada. Para *interinos habrá hecho* (1) *hasta ahora unas cuarenta, que no sirven sino para tirarlas...*

Hemos relatado ya oportunamente el viaje de Amor, Paz, Martínez e Isern, desde Buenos Aires a Valparaíso, a través de las Pampas argentinas. Terminado aquél, hubieron de resignarse a permanecer en la segunda de dichas capitales y en las poblaciones próximas, por exigencias de la Esquadra, a cuyos movimientos se hallaban sometidos.

A principios de Abril del 63, salió por fin don Fernando para las minas de Copiapó y Cañarcillo y el Desierto de Atacama, dedicándose por espacio de tres meses a preparar una colección de rocas y minerales de cobre, plata y oro, valuada, según Almagro, en *cinco mil pesos*. Al terminar su campaña, sintió Amor los efectos de aquel clima mortífero y las consecuencias funestas de tantas fatigas y privaciones. Pronto aparecieron los síntomas de una dolencia hepática que agotó rápidamente sus energías. Se le embarcó en la fragata «Triunfo», y le fué tan perjudicial el viaje, que llegó a San Francisco de California en un estado de suma gravedad. Trasladado al Hospital francés, dejó de existir el 21 de Octubre de 1863, a las ocho de la noche.

Noticioso de la desgracia el señor Arzobispo de aquella ciudad, D. José Sadoc Alemani, dominico español, ordenó se le preparase una sepultura digna en el cementerio de *Monte Calvario*, y allí fué conducido el cadáver del infortunado Naturalista, acompañándole Puig, Gavey, Pérez de Lora y algunos amigos más.

Don Fernando confió al Médico las alhajas, el diario y apuntes y la cantidad de mil pesos, para que lo entregase a sus herederos, pero desgraciadamente no llegaron a su destino, por haber desaparecido en el incendio de la fragata «Triunfo».

Hé aquí como terminó sus días don Fernando Amor, primera víctima de la expedición científica del Pacífico.

No faltan en la Ciencia nombres de especies que recuerden el de este insigne Naturalista español; así lo atestiguan, el *Dorcadion Amori* Pérez Arcas, el *Largus Amori* Bolívar, *Helix Amori* Hidalgo, *Buprestis Douei* Luc. var., *Amori* Grlls., *Asida Amori* Pérez Arcas, *Rhipidius Amori* C. Bolívar.

De sus publicaciones se han citado ya las principales».

* * *

(1) Se refiere al disecador Puig.

El autor de las páginas que anteceden se lamenta, con sobrada justicia, del olvido que la sociedad actual tiene para ciertos hombres, yo me uno por completo a estos sentimientos, y deploro que el público, aun el que se dice ilustrado, se impresione por los que sólo se ocupan de fantásticas quimeras, y viven y medran prometiéndolo con malas artes paraísos imaginarios. En carta expresiva del P. Barreiro, que tengo a la vista, veo que hay por parte de algunas honorables personas el propósito de sacar del olvido a muchos hombres de ciencia, injustamente ignorados. Esa labor será en extremo meritoria.

Pero volvamos a la impresión que me causa el panteón del cementerio de Córdoba, a que aludí al principio, y que podrá parecer a algunos incongruente el tratar aquí. El P. Barreiro seguramente conoce las aventuras amorosas de don Fernando Amor en Córdoba cuando dice: *No vaciló un momento don Fernando en acometer la empresa del viaje al Pacífico, porque en primer lugar era muy adecuada a sus entusiasmos de naturalista y a sus aficiones de explorador y por otro lado un recurso insustituible para salvar ciertos compromisos a que le había conducido su exaltado romanticismo.* Y Amor dice en carta a Pérez Arcas: *Estoy pronto a marchar suceda lo que suceda en Córdoba.* La joven Matilde Merás duerme el sueño de la muerte en el panteón aludido desde el 31 de Octubre de 1862, dos meses después de la salida de Amor para América; en esa fecha nuestro naturalista atravesaba el mar desde Río Janeiro a Montevideo. En 17 de Noviembre escribe Amor a Pérez Arcas desde la Isla de Desterro una extensa carta en la que le encarga que remita un ejemplar del relato de su viaje, publicado en «La España» a Matilde Merás en Córdoba. Como se ve, el viajero no conocía la muerte de esta desgraciada joven, pero a pesar de la distancia y el tiempo, no se había borrado de su corazón la pasión que se dice sintió por la aludida señorita. Hay una circunstancia que tal vez no conocen algunos y que impedía llevar a término legal los amores de nuestro sabio y de Matilde Merás. Don Fernando Amor, antes que Ciencias y Farmacia, había estudiado Teología y estaba ordenado de Eyangelio.

JOSÉ AMO.

